

Trigésimo Domingo del Tiempo Ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la curación divina. Muestran que Dios escucha las oraciones de los que le llaman en su sufrimiento. Nos invitan a aprovechar cualquier oportunidad que tenemos para pedir a Dios de curarnos.

La primera lectura describe la profecía de Jeremías sobre el futuro triunfante de Israel. Anuncia la atmósfera alegre que reinará en todas partes del país cuando el pueblo de Dios disfrutará libertad y liberación. Destaca particularmente la promesa de Dios de juntar el remanente de los niños de Israel de todas partes del mundo donde habían sido dispersados. Finalmente, el texto anuncia la transformación del destino de todos que estaban en el exilio.

Lo que es este texto nos enseña es que Dios es el salvador de su pueblo. Hay también la idea de que donde Dios está implicado, el destino de su pueblo cambia para el mejor. La última idea está relacionada con la certeza de que no importa lo que sea el sufrimiento de su pueblo, Dios nunca los abandonará.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús cura al ciego, Bartimeo. En primer lugar, el Evangelio comienza al mencionar la presencia de Jesús que sale de Jericó y el ciego llamó Bartimeo quién pedía el limosna al borde del camino.

Menciona también la petición de Bartimeo a Jesús que le cure. Relata también que, aunque muchos lo reprendían para que se callara, él siguió gritando al punto que Jesús aceptara su petición. Finalmente, el Evangelio relata su curación y la declaración de Jesús que su fe lo ha salvado y como comenzó a seguir a Jesús por el camino.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la importancia de la curación de la vista. ¿Qué quiero decir con esto? Antes de dar la explicación, déjeme comenzar con una historia que vi en YouTube. Había un hombre que fue ciego y pedía la limosna a lo largo del camino. Tenía un cartón en el cual fue escrito: “soy ciego y no puedo ver; por favor ayúdeme”. En respuesta a su petición, la gente puso algunas monedas en la canasta que tenía.

Una señora pasó y vio lo que fue escrito. Tomó el cartón de las manos del ciego, borró las palabras escritas y escribió: “este es un día hermoso, pero no puedo verlo, porque soy ciego”. Cuando la gente que pasaba lo vio y leyó lo que fue escrito, dieron más dinero que había recibido antes.

El ciego se preguntaba lo que la señora realmente había escrito porque la gente de repente se hiciera tan generosa. Cuando la tarde llegó, la señora regresó por el mismo camino y se paró al ciego una vez. El ciego, sintiendo su movimiento y tocando sus pies, realizó que era la misma señora de la mañana. Entonces, le preguntó lo que hizo. La señora le explicó que cambió las palabras escritas en el cartón. Entonces, el ciego entendió que, “si uno cambia sus palabras, puede cambiar también su mundo”.

¿Por qué les conto esta historia? Conto esta historia, porque que vengan a comprender el sentido profundo del Evangelio de hoy. De hecho, Bartimeo puede ser considerado como un mendigo profesional. Sabía ciertamente por la experiencia qué palabras usar a fin de obtener fácilmente la limosna. A pesar de todo esto, la limosna recibida era demasiado pequeña para aliviar su sufrimiento.

Él preferiría ser curado de su ceguera que ser eternamente un mendigo. Esta vez, cuando oyó que Jesús pasaba, cambió sus palabras. Lo que quiso era sólo

que el hijo de David pudiera tener compasión de él. Incluso cuando muchos lo reprendieron para callarse, siguió gritando a Jesús. Al final, obtuvo lo que quiso, es decir, la curación de su ceguera y su mundo fue cambiado para siempre y para el mejor.

Como él podemos también obtener la curación de nuestra vista. Pero, tenemos que saber qué realmente necesitamos, porque hay tres tipos de la ceguera. Primero, hay la ceguera física. Es caracterizada por la ausencia de visión. Quizás, no es lo que necesitamos ahora porque nuestra visión está todavía bien.

Sin embargo, siempre tenemos que recordarnos que aun si vemos, todavía tenemos que dar a nuestros corazones ojos porque que podamos ver lo que la visión externa no puede ver. Como el escritor francés Antonio de Santo-Exupery dijo, “es sólo con el corazón que uno puede ver correctamente; lo que es esencial es invisible al ojo”.

Segundo, hay la ceguera moral. Es más peligrosa que la primera. Su medida es nuestra conciencia, porque es nuestra conciencia que nos ayuda a distinguir el bien del mal. Aunque nazcamos con una conciencia, esta puede crecer y desarrollarse, así como puede morir. Lo que ayuda a mantener una conciencia viva es la experiencia humana y la palabra de Dios. Si la conciencia está muerta, entonces, hay una ceguera moral completa. Es así con los criminales que no ven nada malo con la matanza, así como puede ser para la gente que no tiene ninguna verdad, ninguna culpa, ninguna vergüenza, ninguna pena, ningún resentimiento, etc. Como la ceguera física puede poner en peligro nuestro cuerpo, así también puede la ceguera moral poner en peligro nuestra alma. Por eso, creo que tenemos que esforzarnos no sólo para ver los árboles, sino también para distinguir el bien del mal.

Tercero, hay la ceguera de la incredulidad. De hecho, como la vista física llegue de nuestros ojos y la vista moral de nuestra conciencia, la vista espiritual llegue de la fe. Si la fe falta en una persona, entonces, está en una ceguera espiritual completa. Si la fe está allí, nos da una otra perspectiva sobre el mundo, la gente y los acontecimientos que ocurren alrededor de nosotros. Realmente necesitamos la fe porque vengamos para entender lo que se pasa en el mundo y donde estamos en nuestra relación con dios y con nuestros semejantes.

Hoy, pedimos que el Señor nos cure; que el aumente nuestra fe porque veíamos lo que los ojos de nuestro cuerpo no pueden ver y oíamos lo que los oídos de nuestro cuerpo no pueden oír. ¡Que el Señor dé ojos a nuestros corazones porque veíamos sus misterios! ¡Que él nos dé también la gracia de su Espíritu Santo porque nos inspirara con las palabras correctas que pueden ayudarnos a cambiar nuestro mundo! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremía 31: 7-9; Hebreos 5: 1-6; Marcos 10: 46-52



Fecha de la Homilía: el 28 de Octubre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20181028homilia